**1.**

A partir de la década de 1930, la sociedad chilena en general comenzó a dar una relevancia al diploma que resultaba desmedida. Las clases medias, en particular, fueron las principales víctimas de aquel discurso, a su vez que las principales beneficiarias de la educación estatal que entre 1932-1970 pasaba por su época dorada. La experiencia misma de ser educado otorgaba un valor agregado al diploma y derivaba en formas de ciudadanía agencial. Hacia 1973 la universidad como centro de ebullición política, no quedó exenta de alteraciones, como expondré con el fin de contextualizar las experiencias de radicalización de jóvenes de clases medias, cuyas subjetividades de clase resultan clave en sus formas de practicar ser agentes de cambio como el perfil que el ‘chileno integral’ impulsaba.

Entre las contradicciones entre diferentes versiones de clases medias y, particularmente, distintos tipos de ‘chilenos integrales’ prevalecían hedonismo y riqueza fácil por un lado, y refinamiento de espíritu y valoración de la naturaleza con la eudaimonía como fin último, por otro. Ambos aspectos apuntan hacia el problema de fondo del sistema educacional público chileno desde sus orígenes: la segmentación. Posterior al golpe de Estado, el enfoque neoliberal aplicado en Chile potenciaría las versiones de clases medias y ‘chilenos integrales’ orientados hacia hedonismo y riqueza, el tener por sobre el ser. Símbolo del profundo quiebre social, el hedonismo se imponía a la eudaimonía con renovadas formas de distinción de clase. Mientras que desde las formas de hacer revolución, el desclasamiento por medio de la obrerización sería nuevamente resignificado bajo el régimen.

Esta presentación se enfoca en el período en el que ‘chilenos integrales’ a la izquierda del mapa político ejercieron un rol preponderante en tanto agentes de cambio. Ellos aspiraban a esa figura, en parte debido a la enseñanza del liceo y al ejemplo de sus profesores con vocación misionera. El profesor era un agente de cambio y los estudiantes, de ser meros objetos, aspiraban a su vez a contribuir a la sociedad, y de esta forma, sin darse cuenta, podían transformarse en agentes de cambio, como referentes de ciudadanía agencial. Algunos estudiantes más comprometidos se radicalizaron a la par que el país, no temieron actuar en consecuencia cuando la realidad lo requería. Para entonces, este perfil imbricaba con aquellos intelectuales del cono sur que hicieron suya la relación entre “compromiso político y conocimiento” (Marchesi 2006: 138).

Desde el inicio del semillero del ‘chileno integral’ en los albores de 1930 s. XX, resultaba evidente que entre el ideal de este perfil de clases medias y la realidad, había una brecha. El chileno al que todos aspiraban ser se caracterizó, por su fuerte deber moral y social. Los estudiantes practicaban desde el liceo humanista estatal el valor del ser, eran demócratas. El civismo era protagónico en este perfil social, además del patriotismo junto con el compromiso social hacia el país en general y hacia los desfavorecidos en particular, todo desde una visión paternalista, acorde al carácter ‘clasemediero’. Asimismo, el ‘chileno integral’, se caracterizaba por su individualismo, propio del proyecto exitista al que se lo asociaba. Entonces de las contradicciones inherentes del ‘chileno integral’, derivaban progresivamente distintos tipos de ‘chilenos integrales’ y ‘chilenas integrales’.

El componente político evolucionó progresivamente y fue decisivo en la fragmentación de los ‘chilenos integrales’ de derecha e izquierda políticas a principios de los 1970. Estas fragmentaciones incluían diferenciaciones de género entre clases medias de un sector político y otro. Por los alcances de esta presentación, me enfocaré únicamente en experiencias masculinas ‘clasemedieras’ de izquierda. Si bien estas acentúan el carácter hegemónico masculino predominante en las percepciones de radicalización política, cabe destacar que ‘chilenas integrales’ de izquierda radicalizada cuestionaron aquel modelo heteronormativo e hicieron igualmente suya la lucha revolucionaria, mas sin un manual de “hombre nuevo” referente del Ché Guevara en la región (Hiner 2016: 386). Así, el rol de la ‘chilena integral’ radicalizada a la izquierda mostraba su emancipada evolución latente hacia fines de 1960.

La radicalización de ‘chilenos integrales’ de izquierda se potenció por tres razones que se relacionan directamente con las dinámicas de alcance transversal de la Guerra Fría, que trascendían aspectos económicos y políticos. Primero, desde la perspectiva cultural, el mundo intelectual no quedó indiferente respecto al papel de la producción de conocimiento en los procesos políticos; el financiamiento estadounidense comenzó a ser cuestionado regionalmente (Marchesi 2006: 138). Segundo, el mismo contexto continental propició la fragmentación y radicalización de los ‘chilenos integrales’ ya desde la década de los 60, los referentes de producción intelectual Brasil y Argentina en 1964 y 1966, respectivamente, serían víctimas de procesos dictatoriales que incrementarían el rol de Chile como sede y productor de conocimientos. Tercero, Santiago, la capital, albergaba relevantes producciones de conocimiento de clases medias como la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), la sede de la Comisión Especial para América Latina (CEPAL), además de otros centros de investigación vinculados a la Iglesia Católica y a las reformas de la Universidad de Chile y la Pontificia Universidad Católica de Chile como el Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO) y el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN) (Marchesi 2017: 66). Centros, que potenciaban la radicalización política y contrarrestaban los postulados de los primeros *Chicago Boys*–otros perfiles de ‘chilenos integrales’ de derecha protagónicos en dictadura–. Estos centros producían cuadernos cargados de ideología nacionalista (Pinto y Salazar 1999: 171), todo lo anterior potenció el intercambio académico en términos regionales porque muchos intelectuales exiliados encontraron en Chile un centro de ebullición intelectual de nueva izquierda. Aspecto que se vería potenciado con la llegada de Salvador Allende al poder en 1970 y el carácter que adquirió Chile “como país laboratorio” (Rolle 2003: 30).

A partir de las experiencias de ‘chilenos integrales’ de izquierda –previas y posteriores al golpe de Estado–, como formas de continuar una vida eudaimónica, este análisis reivindica la transformación de la distinción de clase para estos jóvenes pequeño burgueses y sus formas de hacer revolución. Éste análisis a la vez aspira rescatar el sentido humano de la radicalización de los ‘chilenos integrales’ como expresiones de ciudadanía agencial. Esto se relaciona directamente con valores de clases medias y el carácter identificatorio hacia sus prácticas, que llevaron tanto a transformaciones sociales como de clase. Una de las características más destacables de la radicalización hacia la izquierda de ‘chilenos integrales’ residió en el espíritu democrático que potenciaba el sentido de la felicidad como un bien alcanzable para la sociedad (Aristóteles 2014: 41).

Hacia la década del 1970 Chile se convirtió en un país divido, quiebre que incluyó percepciones de lo nacional, lo cultural y lo social. Entonces el mérito que circunscribía a los perfiles de ‘chilenos integrales’ de izquierda– no ha sido valorado ni reivindicado en términos sociales ni menos analizado desde su carácter de clase. Este enfoque destaca la intersección de la identidad y cultura ‘clasemedieras’ intrínseca al *ethos* de estos perfiles que sentían propio un deber en la construcción del país, ponían su conocimiento a la causa y asumían el costo de sus formas de hacer. Esta construcción del país era percibida opuesta por izquierda y derecha, la UP, el golpe y la dictadura acentuaron esas diferencias, permearon cimientos sociales y generaron un profundo quiebre respecto a las percepciones de la identidad social y nacional. La ‘chilenidad’ fue un recurso retórico al que ambos lados apelaban estratégicamente, de ahí la resignificación de ésta como consecuencia del quiebre, de esa forma las resignificaciones nacionales eran “síntoma de divisones más que de unidades” (Iturriaga 2003:320). El enfoque en los desclasamientos y la rearticulación cultural desenmarañarán las maneras en que lo chileno, lo cívico y lo ilustrado convergen en un contexto en el que el país pasó de un extremo al otro. La particularidad de la agencia humana de sus protagonistas con estos tres componentes permanecieron y se reinventaron para rescatar la eudaimonía que llevó en décadas anteriores a los ‘chilenos integrales’ a experiencias de sociabilidad, intercambio social y conocimiento. Mediante un espíritu de vida más contemplativo que buscaba el bien común y estaba circunscrito en el dar desde su “dominio especialmente humano” (Fromm 1983: 33), los ‘chilenos integrales’ hicieron propia esa agenda. Muchos de estos jóvenes se vieron en encrucijadas entre religión y marxismo-leninismo, no todos pasaban de un extremo al otro, pero sí cuestionaban sus identidades e ideologías, lo que potenciaba y perpetuaba sus sentidos de eudaimonía y lo que explica la base de sus desclasamientos que fueron la tónica entonces; en sus *ethos* ‘clasemedieros’ convergían el cuestionamiento ideológico y de conocimiento. Cuestionamientos que respondían a lo que daba sentido para ellos (Fromm 2016: 16). La dictadura implicó un quiebre profundo respecto a las formas de sociabilizar, el humanismo, el conocimiento y el hacer, potenciadas por las intervenciones en liceos y universidades posterior al quiebre democrático. Ya en dictadura los ‘chilenos integrales’ de izquierda que lograrían reinventarse, lo harían para continuar siendo agentes de cambio, algunos clandestinos otros desde un rol de masas, otros apoyando desde perfiles internos y otros desde el exilio.

Esta presentación se enfoca en las experiencias de Ramón y Raúl, ambos perfiles de la taxonomía social que identifiqué como ‘chileno integral’, ellos fueron parte y dieron vida a la radicalización política de las juventudes de izquierda de clases medias. Ramón y Raúl eran estudiantes de pedagogía, militaban en el MAPU durante el gobierno de la Unidad Popular (UP) y se reencontrarían en la rearticulación del partido en 1976, posterior al período más intenso de represión política en Chile (Stern 2013: 138).

**2.**

Fue precisamente durante el gobierno de la Unidad Popular, el período en el cual los ‘chilenos integrales’ de izquierda ya universitarios, encontrarían libertad y espacio para ejercer su desclasamiento y ser consecuentemente integrales. El ambiente en el Chile de entonces no sólo lo propiciaba, sino que lo potenciaba.

En 1967 Raúl entró a estudiar a uno de los epicentros intelectuales de entonces, el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Él apunta a las diferencias que se empiezan a expresar entre, los distintos tipos de ‘chilenos integrales’ como claves en la radicalización: “Eramos más intelectuales entonces. Le dábamos ese apellido para diferenciarnos de los teóricos que se quedaron en el debate en los patios de la universidad, mientras el país iba a 200 kilómetros por hora”. Esto refleja el ambiente y el momento en el cual los ‘chilenos integrales’ de la izquierda, aquellos que se consideraban como consecuentemente integrales, comenzarían a percibir insuficiente el debate de los patios universitarios. Los ‘chilenos integrales’ se radicalizarían y tomarían acción. El tomar acción se vincula directamente con el desclasamiento y la subjetividad del bienestar asociado al mismo.

Ser ‘chileno integral’ –consecuentemente integral–, tenía sus precios –en este caso el confort– y recompensas, además de demostrar la educación en tanto agente de cambio. La radicalización de ese entonces, podría ser vista desde la “<liberación *total>”*, como “<*humanismo radical* (o *revolucionario*)>” (Fromm, 25). Esto tiene directa relación con el carácter burgués de los ‘chilenos integrales’ de izquierda y su capital cultural, no es extraño que los principales partidos políticos revolucionarios de la época tuvieran sus orígenes en las universidades tanto en Santiago como en regiones.

Los ‘chilenos integrales’ pudieron desclasarse con facilidad y practicar su compromiso social hasta hacerlo propio durante la UP. El desclasamiento o proletarización, fue la tónica de los ‘chilenos integrales’ de izquierda durante la UP y continuó de diversa formas en dictadura. En su encuentro con las clases populares estos jóvenes idealistas creían hacer una diferencia significativa en las poblaciones con sus diversas formas de aporte. En un contexto continental, durante la UP, Chile, sería un representante destacado del desplazamiento de la “lucha latinoamericanista a fines del s. XX” ésta se había desplazado como proyecto desde “las élites hacia los sectores populares” (Marchesi 148). Esto tiene directa relación con las clases medias chilenas y sus formas de agencia humana. Las clases medias en tanto ejecutores del desplazamiento de la lucha incluían las versiones más variadas de estas, con sus ‘chilenos integrales’ ejerciendo un amplio protagonismo.

En 1970, cuando el gobierno de la UP estaba más consolidado, Raúl quien era militante del MAPU, señala: “me obrericé”. El desclasamiento de Raúl ilustra los cambios del período desde lo más público a lo más personal:

“Era tan distinta la realidad de ese minuto, yo no llegaba desde mi posición de clase media profesional, yo era uno más, me vestía con el blue jean, chascón, nunca marqué diferencia, me acoplé muy bien con ellos, al contrario. Yo no pertenecía realmente a los trabajadores que vivían en las poblaciones, yo después me venía para acá, al barrio alto. Era una realidad. No vivía con los obreros, pero pasaba todo mi tiempo con ellos, compartía con ellos”.

Raúl fue bien recibido por los obreros de la fábrica Sumar Poliéster donde formó la escuela, en su práctica cotidiana de proletarización, Raúl se sentía uno más. El compromiso social de Raúl respondía al marco educacional en el que se formó en el Instituto Nacional y después la Universidad de Chile, donde, especialmente el Pedagógico, fue un centro de inspiración que profundizó su veta de militancia política. El desclasamiento de Raúl se tradujo en no participar más de la universidad y ser parte del programa que habían creado dos integrantes del MAPU en el Ministerio de Educación de Allende, para la nivelación de estudios de los trabajadores.

Raúl expone con claridad que su experiencia de compartir con obreros, se circunscribía más a un marco que fortalecía su perfil de “pequeño burgués revolucionario”, donde destacaba el desclasamiento por sobre la obrerización propiamente tal. Los alcances del desclasamiento de Raúl eran significativos y se alineaban a los valores sociales de clases medias, así comenzaría a ser una constante el rompimiento de la distancia pequeño burguesa respecto a la percepción de la experiencia de la obrerización. Con su otredad, los ‘chilenos integrales’ igual pertenecían y tenían certeza de estar haciendo una diferencia hacia la vía democrática hacia el socialismo. De ahí también que Raúl no tenga problemas en señalar los errores que se cometieron entonces.

Raúl recuerda con entusiasmo lo que diferenciaba ese proyecto: “la idea era crear al interior de las empresas, de los espacios de trabajo, las escuelitas. Ahí me llaman, yo me meto de lleno en esa realidad”. En el contexto de las empresas intervenidas por el Estado durante el gobierno de la UP, este proyecto iba ampliándose. Raúl llegó a la planta de poliéster de Sumar: “En Sumar Poliéster hay una escuelita disponible un galpón para transformar en escuela. Y ahí yo me voy a trabajar con dos compañeros más del Instituto y estuvimos trabajando exactamente hasta el día antes del golpe.” El 11 de septiembre de 1973 la obrerización de Raúl llegaría a su obligado fin. Alcanzaron a tener sólo una generación de egresados de la Escuela para Obreros de Sumar Poliéster.

En 1976 fueron a buscar a Raúl para rearmar el MAPU: “Ahí empezamos todo de nuevo y se formó un frente de masas y nosotros en la cosa cultural, pero habían varias expresiones en otras zonas siempre ligado a las vicarias, las parroquias”. Por la aguda represión de la época, las agrupaciones necesitaban algún tipo de resguardo “el techo que nos daba la iglesia para darnos cierta seguridad”.

A fines del 76, tuvo lugar la creación de la Agrupación Cultural Santa Marta, como rearticulación de espacios de sociabilidad, de lo que se deduce la magnitud del quiebre social en el país. Raúl creó la agrupación que respondía a la visión de futuro y a la ideología de jóvenes de clases medias, ‘chilenos integrales’ como él, quien apuntaba a la reconstrucción de valores que habían quedado interrumpidos a partir del golpe dado el quiebre de la sociabilidad y la desarticulación de espacios de reunión. Así resume Raúl la centralidad de las actividades que organizaban en la época, y reconoce los riesgos que implicaba la causa:

“Yo ahí hacía como doble vida, me tocaba estar en el colegio de profesor; actividades propias de mis labores de profesor. Hacíamos actividades naturales como festivales de canto, funciones de teatro, esa es la idea, tú sabías que había una intencionalidad y participaba gente, habían otros códigos. Uno sabía para qué servía, cuál era el aporte político que tú estabas haciendo en ese minuto. Se fomentaba que fueran espacios de encuentro para esa gente.”

Mientras que Ramón, otra versión de ‘chileno integral’, inició su militancia en el liceo cuando participó en los cursos de educación política del liceo creados después del horario de clases, ahí comienza a militar en el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), en 1969 y en segundo humanidades se postuló a Presidente del Centro de Alumnos (CAA) de su liceo, el Fiscal de San Antonio, en tercero medio continuó en el cargo y subraya: “era un liceo no menor era el liceo más grande de allá, tenía 1.500-1.800 alumnos. Los liceos en esa época eran de otra calidad educativa”.

Los cursos de educación política exponen como la radicalización se vinculaba con el conocimiento y penetraba todas las esferas. La formación de los ‘chilenos integrales’ hacia fines de 1960 incluía un componente político inédito hasta entonces. El liceo fue el semillero de la radicalización de los jóvenes de clases medias, los debates, el estudio, la camaradería, el humanismo en todo su esplendor fueron luego potenciados en la universidad, el centro de debate por excelencia. La confluencia entre la producción de conocimiento y la militancia activa, en terreno alimentaban un sentido renovado de clase y de pertenencia que incluía distintas versiones de obrerización que perpetuaban la raigambre ‘clasemediera’ de ‘chilenos integrales’.

En 1972 cuando Ramón entró a la universidad se trasladó a vivir a Santiago, detalló: “sigo militando de manera natural en la universidad, ahí todo lo que es la lucha callejera y de trabajo voluntario”. Ramón también formó parte de la rearticulación del MAPU en 1976, su experiencia expone que los alcances de la actividad revolucionaria podían ser extremos e incluir la obligada clandestinidad como le ocurrió posterior al acto en el icónico teatro Gran Palace. A fines de mayo, hicieron un gran acto en el teatro del centro de Santiago, espacio de reunión ideal para una jornada cultural, reconocido por su belleza con capacidad para 1.200 personas. A Ramón le pidieron leer el discurso que define como:

“Definitivamente nada que ver con el lugar, era muy político, muy combativo. Se cierran las cortinas detrás de mí, de esas gigantes que habían en teatros: ‘termina el discurso que está la DINA’, entonces me apuro y digo: ‘compañeros habrá otro momento que seguiremos dialogando’. Se cierra la cortina y me sacan, me cambian de ropa. Yo desconocía todo este sistema de seguridad me suben, me sacan y desparezco.”

Ramón, militante interno, no estaba familiarizado con protocolos de seguridad de eventos masivos. El acto en el Gran Palace sería uno de los primeros eventos masivos posteriores al golpe que simbolizó la rearticulación. Ramón resume así la experiencia del discurso: “con los días me doy cuenta la gente empieza a no querer saludarme en la universidad porque imagínate estaba todo el mundo en el Gran Palace. Todos los dirigentes políticos de la época, quedé yo en vitrina”. Partiendo por la presencia de la DINA en el teatro, los alcances de quedar en vitrina eran imponderables, el teatro estaba lleno y Ramón no tuvo alternativa: “Nuevamente tuve que congelar los estudios. Tu no sabías quién era quién”.

La experiencia de Ramón expone la magnitud de lo que se vivía en la época. Al margen de los alcances de las actividades, “la cultura es la que permite de alguna manera que se vayan reconstruyendo esos tejidos sociales”, como señala Raúl. La radicalización venía acompañada de nuevas expresiones de subjetividad de clase, para entonces, maneras inherentes al activismo político ya consolidado de ‘chilenos integrales’ de izquierda radicalizados.

Estas agrupaciones eran comunes y representaron espacios lícitos de sociabilización y reunión cultural más allá de la intencionalidad política. Debían conseguir permiso y no era extraño que hubiera presencia policial o inclusive de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) de la dictadura de Pinochet entre los años 1973 y 1977. El surgimiento de estos espacios, también respondía a la necesidad genuina de sociabilizar. Además, responde al hecho de que ya entrados los años posteriores al golpe del 73, a la luz de los hechos, resultaba evidente que la nueva realidad social estaba instalada.

**3.**

La radicalización de los ‘chilenos integrales’ sería gradual durante el s. XX y hacia fines de los 60 se potenciaría de la mano del conocimiento, el rol de los profesores y marcos como cursos de política extra al horario curricular. El semillero de los ‘chilenos integrales’ continuaría siendo el liceo y posteriormente la Universidad. Las experiencias de los ‘chilenos integrales’ como Raúl y Ramón en este análisis exponen el valor social de ser demócrata y su práctica, la ciudadanía agencial como relación de estos valores con su carácter de clase, su capital cultural y la transformación de la izquierda radicalizada en Chile de los años 70.

El liceo y las universidades potenciarían las formas de hacer revolución por medio de diversos proyectos alineados con el gobierno de la Unidad Popular, como el Ministerio de Educación y el proyecto de Escuela Nacional Unificada. Proyectos experimentales, como Raúl y la escuela para nivelación de obreros en la fábrica Sumar Poliéster que tenían como ejecutores a jóvenes que hacían gala de la identidad y cultura clasemediera inherente a los ‘chilenos integrales’. Estas iniciativas que se generaban de forma natural, propiciadas por el ambiente de la época, les daba la posibilidad real a los jóvenes ‘chilenos integrales’ de clases medias de hacer país bajo ideales democráticos. Estos ideales ciertamente resultaban difíciles de digerir para una parte de la población, especialmente hacia fines del gobierno de Allende.

Posterior al golpe, en los primeros años de álgida represión, los ‘chilenos integrales’ de izquierda comenzaron a rearticular espacios suspendidos. La rearticulación a través de la actividad cultural tiene tres características que la hacen tan poderosa como atractiva. Los ‘chilenos integrales’ de izquierda que lograron reinventarse, encontraron un nuevo nicho y comienzan a retejer la experiencia cultural y social como Raúl y la Agrupación Cultural Santa Marta o encuentros como el teatro Gran Palace. Primero, la forma de consumo cultural, como festivales musicales, respondían a la impronta ‘clasemediera’ chilena de consumo cultural entonces interrumpido a partir del golpe. Los ‘chilenos integrales’ desde el Liceo estuvieron en contacto constante con artes, teatro, música y deporte. No resultaba extraña la actividad cultural como forma rearticulación social porque era inherente a su capital cultural y social. Allí también convergía lo popular, lo nacional y lo continental desde formas creativas, algunas abajistas, que empalmaban con la línea de cultura popular de la UP. Segundo, el encuentro como espacio de sociabilidad y el significado de poder reunirse y compartir en un espacio público a reivindicar, interpelar, expresar dolor, a la vez deslizaba mensajes de esperanza y alegría. Aquellos nuevos marcos de reunión autorizados fueron de valor tremendo entonces. Tercero, el carácter político de los actos, la suma de voluntades de sus ejecutores, sus precauciones, riesgos y el techo de la iglesia como resguardo y seguridad. Efectivamente, los festivales y actos en tanto experiencia colectiva en el marco de rearticulación cultural en dictadura fueron un elemento potente de gestión de raigambre ‘clasemediera’ que combinaba lo popular con lo burgués, lo nacional y lo cultural, eran formas reinventadas de expresión de ciudadanía agencial. La combinación de lo popular con lo burgués puede ser vista en los festivales culturales mismos en dictadura. La ‘obrerización’ para muchos había llegado a su fin posterior al golpe. Entonces, festivales y encuentros culturales apelaban a la música de la UP y a la Nueva Canción, bajo nuevos marcos autorizados de reunión con llegada de amplio público. Mientras que lo nacional y lo cultural se relacionaba con el programa de los actos y artistas que participaban, quienes, tenían claro el mensaje político que deslizaban entre líneas. Estos elementos convergen entre sí en su expresión ‘clasemediera’. La retórica abajista de ‘chilenos integrales’ de la UP continuaría siendo tal en su rearticulación en dictadura. Para ellos existía una convicción moral en las actividades emprendidas, vibraban con el efecto. El deber ser y el hacer de su entorno próximo un lugar más armónico continuaba siendo el axis de ‘chilenos integrales’ y sus experiencias subjetivas de clase.

A pesar de las precauciones que tomaban, las iniciativas tenían alcances para sus protagonistas directos. Ramón quedó en vitrina y tuvo que congelar sus estudios después de haber leído un discurso en el acto cultural del Gran Palace en 1976. Esos actos solían realizarse en el mes de mayo para hacerlo coincidir con el aniversario del MAPU. La política era parte inherente de estas actividades como expuse también con Raúl y su doble vida en la Agrupación Santa Marta. Con eso, la rearticulación cultural fue tremendamente significativa y clave como primera señal de esperanza. Fue una forma de expresión de unas reacondicionadas subjetividades de clase posteriores al quiebre democrático. En aquella nueva versión de lo nacional, lo cultural y lo social, los ‘chilenos integrales’ se reinventaron valientes para lograr que en Chile “los campos de flores bordados” volvieran a florecer.